

noticias afligen, y casi todos los libros nuevos causan impaciencia.

Mi comentario también la causará, porque será muy largo. Es una empresa terrible discutir á *Cinna* y *Agésilao*, á *Rodoguna* y *Atila*, al *Cid* y á *Pertharite*. No creo que después de Escaligero haya habido un pedante mayor que yo. La obra constará de siete ú ocho grandes volúmenes; es cosa que causa miedo.

Debéis, señora, tener actualmente á vuestro lado al presidente Hénault. Es preciso que me sirváis de abogada para con él. He enviado á la Academia la epístola dedicatoria, que juzgo curiosa; el prefacio sobre el *Cid*, en el que hay también algunas anécdotas que podrán divertirnos; las notas acerca del *Cid*, de los *Horacios*, de *Cinna*, *Pompeyo*, *Heraclio* y *Rodoguna*, que no os divertirán, porque es preciso tener á la vista el texto.

Desearía que el señor presidente Hénault tomase todo esto de manos del señor secretario, y que diese su parecer sobre ello juntamente con M. de Nivernais. Creo que convendría que fuesen ambos á la Academia, y que me juzgasen; porque necesito la sanción de dicha Corporación, y es preciso que la obra que le está dedicada se haga de acuerdo con ella. No tengo apego excesivo á mis opiniones; pero si deseo ser útil, y esto sólo puedo lograrlo con la aprobación de la Academia. Es una negociación que pongo en vuestras manos, señora; la de M. de Bussy será más difícil.

Os quejáis de no tener nada en qué ocuparos. Consagraos á Pedro Corneille, pues vale ciertamente la pena de ello, por su sublimidad y por el exceso de su miseria.

Os agradezco mucho, señora, el que leáis la *Historia de Inglaterra*, por Thoyras. La hallaréis más exacta,

profunda é interesante que la de nuestro insípido Daniel. No perdonaré nunca á este jesuita el haber hablado más del hermano Coton que de Enrique IV, y el haber dejado apenas entrever que este Enrique IV era un grande hombre.

Si os gusta la historia, os enviaré dentro de algunos meses una que es muy atrevida, y que creo verdadera de la cruz á la fecha; pero en la actualidad dejadme en compañía del gran Corneille.

Os reitero, señora, las gracias en nombre de mi pequeña alumna, que lleva tan hermoso nombre sin darse cuenta de ello. Me pongo á los pies de la señora duquesa de Luxemburgo.

Adiós, señora, sed tan feliz como os sea posible, y llevad con paciencia la vida: ya sabéis que muy pocas personas gozan de ella. Os habéis acostumbrado á vuestras privaciones; tenéis amigos, y estáis segura de que cuando van á veros, lo hacen por vos misma. Sentiré siempre no tener este honor, y os profesaré el más verdadero afecto hasta el último momento de mi vida.

Á M. DUCLOS

18 de Agosto de 1761.

Siempre he olvidado, señor, hablaros de la persona que pretendía llevaros papeles de mi parte. No he tenido el honor de dirigiros ninguno sino por medio de M. d'Argental. Habéis debido recibir la epístola dedicatoria á la Academia, el prefacio del *Cid* y las notas acerca del *Cid*, los *Horacios* y *Cinna*. Os ruego que lo comunicéis todo al señor duque de Nivernais y al señor presidente Hénault; pero sería más conveniente aún que todo ello fuese examinado en la Academia;

vuestras observaciones serían para mí una ley. Las demás piezas seguirán inmediatamente, y los Cramer empezarán á imprimir sin tardanza.

Las subscripciones que tenemos bastarán para empezar la empresa, en el caso de que podamos contar con el pago de los cuatrocientos luises que el rey se digna conceder. También contamos con poder rogar á los literatos que no son ricos que se dignen aceptar un ejemplar como homenaje debido á sus luces, sin recibir de ellos una cantidad que sólo deben abonar aquellos á quienes la fortuna pone en disposición de favorecer las artes.

Paréceme que es condición esencial para una obra tan importante y dedicada á la Academia el que figuren en la lista de los subscriptores los nombres de los académicos.

El señor duque de Nivernais ha empezado por subscribirse por doce ejemplares.

El señor Cardenal de Bernis por otros doce.

El señor duque de Richelieu por otros doce.

El señor duque de Villars por seis.

El señor conde de Clermont por seis.

El señor presidente Hénault por dos.

En mi calidad de iniciador de este asunto y de padre de la señorita Corneille, me tomo la libertad de subscribirme por ciento. No lo hago por vanidad, sino por necesidad; porque, si se emplea papel grande, y si la obra consta de ocho volúmenes, como lo pretenden los señores Cramer, los gastos llegarán á 50.000 libras.

Había escrito al señor codjutor dándole las gracias por la bondad que tuvo de enviarme su discurso, y á M. Watelet conocido por su afición á las artes y por su talento; aún no he tenido respuesta. Debo confesaros que sería vergonzoso para Academia, de la que forman

parte tantos grandes señores, el que los grandes asentistas hiciesen más que ella en esta ocasión; es más, eso écharía sobre nuestra corporación un ridículo de que sacarían no poco partido los Fréron. El señor arzobispo de Lyon subscribirá el mismo número que monseñor de Bernis; pero para imprimir su nombre en la lista conviene que esté acompañado del del coadjutor de Estrasburgo y del del preceptor del señor duque de Borgoña. Nadie mejor que vos puede proponer esto, señor, dado el puesto que ocupáis.

Se dirá acaso que nuestros grandes señores no acuden á la Academia sino el día de su recepción; que se contentan con hacer un discurso, y que se desdeñan de proteger una empresa honrosa para la Academia y para Francia. Cuento con vos, señor, como con el protector más activo de esta empresa digna de vos. Os ruego que me déis luces y que me auxiliéis en todas las dificultades anejas á todo lo que es nuevo y estimable.

Preveo que los señores Cramer persistirán en la resolución de publicar la edición en cuarto, tomo por tomo, de tres en tres meses, sin estampas, y que la obra, que costaría por lo menos tres luises de oro en las librerías, no costará sino dos. Resultaría una muy gran pérdida si no fuera por las bondades del rey y de varios príncipes de Europa, y por la generosidad del señor duque de Choiseul y de Madama de Pompadour.

En realidad, no pedimos subscripciones: no es posible imponer condiciones á los que emplean tiempo, dinero y trabajo para honra de la nación. Sólo solicitamos el nombre de todo el que desee tener un libro útil y barato, á fin de que los libreros proporcionen el número de ejemplares al de los subscriptores, y de que los que hayan tenido la bajeza de temer dar dos luises

de oro para instruirse, no puedan jamás tener un libro que serian indignos de poseer. Dispensad mi noble cólera.

Cuento absolutamente con vos en nombre de Pedro y de María Corneille.

AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

CANCILLER DE LA ACADEMIA FRANCESA

Castillo de Ferney, 20 de Agosto de 1761

Me habiais dado, querido canciller, el consejo de no comentar sino las piezas de Corneille que forman parte del repertorio. Queríais aliviarme así de una parte de la carga, y yo había consentido en ello, menos por pereza que por el deseo de satisfacer cuanto antes al público; pero he visto que en el retiro disponia de más tiempo del que creía, y habiendo ya comentado todas las piezas de Corneille que se representan, me encuentro en disposición de poner algunas notas útiles á las demás.

Hay varias anécdotas curiosas que agrada conocer. Hallo, por ejemplo, varias palabras que han caído en desuso entre nosotros, y hasta se hallan enteramente olvidadas, y de que se sirven felizmente nuestros vecinos los ingleses. Poseen un término para significar esa clase de broma, verdaderamente cómica, esa alegría, esa urbanidad y esas ocurrencias que un hombre emplea sin darse cuenta de ello; y expresan esta idea por medio de la palabra *humour*, que pronuncian *iumor*. Creen que ellos sólo los poseen, y que las demás naciones carecen de un término propio para expresar esa clase de ingenio. Sin embargo, es una antigua palabra

de nuestra lengua empleada, en este sentido en varias comedias de Corneille. Por lo demás, cuando digo que este *humour* es una especie de urbanidad, hablo á un hombre instruido que sabe que hemos aplicado mal la palabra *urbanidad* á la cortesía, y que *urbanitas* significaba en Roma lo mismo exactamente que *humour* significa entre los ingleses. En este sentido dice Horacio: *Frontis ad urbanæ descendi præmia*; y jamás se emplea en otro sentido esta palabra en la sátira que poseemos con el nombre de Petronio, y que tantos hombres faltos de gusto han tomado por la obra de un cónsul del mismo nombre.

La palabra *partie* se halla también en las comedias de Corneille empleada por *ingenio*. Es lo que los ingleses llaman *parts*. Esta palabra era excelente, porque es propio del hombre el tener sólo *partes*. Se tiene una clase de ingenio, una clase de talento, pero no todas. La palabra *esprit*, francesa, es demasiado vaga.

¡Cuántas expresiones nos faltan hoy, que eran enérgicas en tiempos de Corneille, y cuánto hemos perdido, ya por pura negligencia, ya por exceso de delicadeza! Se asignaba ó señalaba (*on appointait*) una cita, una hora; el que llegaba al sitio convenido en el momento señalado y no hallaba al que había hecho la promesa, sufría un desencanto (*était désappointé*). Hoy no tenemos una palabra para expresar la situación en que se encuentra un hombre que cumple su palabra, y á quien se deja en blanco.

¿Qué sucede cuando se llega á las puertas de una ciudad y se encuentran cerradas? No tenemos hoy palabra para expresar esta situación; en otro tiempo decíamos *forclos*, palabra expresiva que ha quedado reducida á la lengua forense. Las ansias de la muerte (*affres*), las angustias (*angoisses*) de un corazón dolo-

rído, son palabras que no han sido reemplazadas.

Hemos renunciado á expresiones absolutamente necesarias, con que los ingleses se han enriquecido. Una calle, un camino sin salida se expresaban muy bien con las palabras *non-passe, impasse* (sin paso) que los ingleses han imitado; y nos vemos reducidos á la palabra vulgar é impertinente de *cul-de-sac*, que se presenta con frecuencia, y deshonra la lengua francesa.

No acabaría si hubiera de entrar aquí á examinar en detalle todas las frases felices que habíamos tomado de los italianos, y que hemos abandonado: no quiere esto decir que nuestra lengua no sea abundante y enérgica, pero podría serlo mucho más. Lo que nos ha privado de una parte de nuestras riquezas de esa multitud de libros frívolos en los que sólo se encuentra el estilo de la conversación, y un inútil conjunto de frases vulgares y de expresiones impropias. Esta dichosa abundancia es la que nos empobrece.

Paso á un punto más importante, que me determina á comentar hasta *Pertharite*; y es que en el seno de esas ruinas se encuentran tesoros ocultos. ¿Quién creería, ejemplo, que el germen de *Andrómaca* se encuentra en *Pertharite*? ¿Quién creería que Racine ha tomado de allí sentimientos y hasta versos? Sin embargo, nada hay más verdadero y palpable. Grimoaldo amenaza en Corneille á Rodelinda con hacer perecer á su hijo, que está en la cuna, si no le acepta por esposo:

Son sort est en vos mains: aimer ou dédaigner
Va le faire périr, ou le faire régner.

Pirro dice precisamente en la misma situación:

Je vous le dis, il faut périr ou regner.

Grimoaldo, en Corneille, quiere castigar

..... Sur ce fils innocent
La dureté d'un cœur si peu reconnaissant.

Pirro dice en Racine:

Le fils me répondra du mépris de la mère.

Rodelinda dice á Garibaldo:

Comte, pensez-y bien; et, pour m'avoir aimée,
N'imprime point de tache á tant de renommée;
Ne crois que ta vertu, laisse-la seule agir,
De peur qu'un tel affront ne te donne á rougir.
On publierait de toi que les yeux d'une femme,
Plus que ta propre gloire auraient touché ton áme.
On dirait qu'un héros si grand, si renommé,
Ne serait qu'un tyran, s'il n'avait point aimé.

Andrómaca dice á Pirro:

Seigneur, que faites vous, et que dira la Grèce?
Faut-il qu'un si grand cœur montre tant de faiblesse?
Voulez-vous qu'un dessein si beau, si généreux,
Passe pour le transport d'un esprit amoureux?

.....
Non, non; d'un ennemi respecter la misère,
Sauver des malheureux, rendre un fils á sa mère,
De cent peuples pour lui combattre la rigueur
Sans me faire payer son salut de mon cœur,
Malgré moi, s'il le faut, lui donner un asile,
Seigneur, voilà des soins dignes du fils d'Achille.

La imitación es visible y la semejanza completa. Hay más aún, y voy á asombraros. Todo el fondo de las escenas de Orestes y de Hermione está tomado de Garibaldo y de Eduvigis, personajes desconocidos de esta desdichada pieza desconocida. Aun cuando sólo hubiera sido por estos nombres bárbaros, hubiera caído *Pertharite* en el olvido; á esto alude Boileau cuando dice (*Arte poética*, CAP. III):

Qui de tant de héros va choisir Childebrand.

Pero Garibaldo, á pesar de su nombre, no deja de desempeñar con su Eduvigis el mismo papel que Orestes con Hermione. Eduvigis ama aún á Grimoaldo como Hermione á Pirro. Quiere que Garibaldo la vengue de un traidor que la abandona por Rodelinda; Hermione quiere que Orestes la vengue de Pirro que la abandona por Adrómaca.

EDUVIGIS

Pour gagner mon amour il faut servir ma haine.

HERMIONE

Vengez-moi, je crois tout.

GARIBALDO

Le pouvez-vous, madame, et savez-vous vos forces?
 Savez-vous de l'amour quelles sont les amorces?
 Savez-vous ce qu'il peut, et qu'un visage aimé
 Est toujours trop aimable à ce qu'il a charmé?
 Si vous n'abusez votre cœur vous abuse, etc.

ORESTES

Et vous le haïssez! avouez-le, madame.
 L'amour n'est pas un feu qu'on renferme en une âme:
 Tout nous trahit: la voix, le silence, les yeux,
 Et les feux mal couverts n'en éclatent que mieux.

Estas ideas que el genio de Corneille lanzó al azar sin aprovecharse de ellas, las recogió y les dió valor el gusto de Racine; en esta ocasión sacó oro *de stercore Ennii*.

Corneille no consultaba con nadie, y Racine consultaba con Boileau; así es que el uno fué siempre dando caidas, á partir de Heraclio, mientras que el otro se fué elevando continuamente.

Se cree bastante comunmente que Racine afeminó y hasta envileció el teatro con esas declaraciones de

amor que se han posesionado por completo de nuestra escena. Pero la verdad me obliga á confesar que Corneille las empleaba antes que él, y que Rotrou no dejaba de echar mano de ellas antes de Corneille.

No hay ninguna de sus piezas que no esté en parte fundada en esta pasión: la única diferencia consiste en que no la han tratado bien, en que no han hablado jamás al corazón, ni han logrado enternecerle. El amor no se ha mostrado conmovedor sino en las escenas del *Cid*, imitadas de Guillén de Castro. Corneille puso amor hasta en el terrible asunto de Edipo.

Ya sabéis que me atrevi á tratar este asunto hace cuarenta años. Conservo aún la carta de M. Dacier, á quien enseñé el cuarto acto imitado de Sófocles. Me exhorta en dicha carta, de 1714, á introducir los coros, y á no hablar de amor en un asunto en que esta pasión es tan impertinente. Seguí su consejo; leí el borrador de la pieza á los cómicos; éstos me obligaron á quitar una parte de los coros, y á poner por lo menos algún recuerdo de amor en Filoctetes, á fin, decían, de que se perdonase la insipidez de Yocasta y de Edipo en favor de los sentimientos de Filoctetes.

Aun lo poco que dejé de los coros no fué representado. Tal era el gusto detestable de aquella época. Se representó algún tiempo después *Atalia*, esa obra maestra del teatro. El público debió echar de ver que la escena podía prescindir de un género que degenera á veces en idilio y en égloga. Pero como *Atalia* se hallaba sostenida por lo patético de la religión, supusieron que en los asuntos profanos era siempre necesario el amor.

Por último, *Mérove*, y más tarde *Orestes*, han abierto los ojos del público. Estoy persuadido de que el autor de *Electra* piensa como yo, y que jamás hubiera puesto dos intrigas de amor en el más sublime y es-

pantoso asunto de la antigüedad, si no se hubiera visto obligado á ello por la desdichada costumbre que entonces reinaba de desfigurarlo todo con esas intrigas pueriles extrañas al asunto: se comprendía que era ridículo y, sin embargo, se exigía á los autores. Los extranjeros se burlaban de nosotros, pero nosotros lo ignorábamos. Creíamos que una mujer no podía mostrarse en la escena sin decir *Amo*, de cien maneras, y en versos cargados de epítetos y de ripios. Vuelvo á Corneille, que se elevó muy por encima de esas pequeñeces en sus hermosas escenas de los *Horacios*, *Cinna*, *Pompeyo*, etc., y os repito que todas esas piezas pueden suministrar algunas anécdotas y reflexiones interesantes.

No os asustéis si todos estos comentarios producen tantos volúmenes como vuestro *Cicerón*. Alentad á la Academia para que continúe dispensándome sus bondades y sus lecciones, y sobre todo dadle el ejemplo.

Á M. D'ALEMBERT

31 de Agosto de 1761.

Señores de la Academia Francesa, os suplico que toméis con empeño mi empresa. No faltéis los días de reunión, y sed muy asiduos. ¿Puede haber nada más entretenido, me parece, que tener un Corneille en la mano, hacerse leer mis observaciones, mis anécdotas, mis extravíos, dar su parecer en dos palabras, criticarme, y hacerme una obra útil, como jugando? Todo lo espero de vos, mi querido colega.

Me parece que M. Duclos se interesa por la cosa. Me lisonjea creer que también os servirá de distracción, y que alguna vez veré notas vuestras al margen de mis

escritos. Alentadme mucho, porque soy dócil como un niño; sólo quiero que la cosa salga bien; antepongo á Corneille á mis opiniones; escribo de prisa, y corrijo de la misma manera; secundadme, ilustradme y amadme.

A M. DUCLOS

Delicias, 25 de Diciembre de 1761.

Presento á la Academia mi respetuoso testimonio de agradecimiento por la bondad que ha tenido en examinar mi comentario sobre las tragedias del gran Corneille, y en darme muchos consejos de que me aprovecho.

Vamos á empezar inmediatamente la edición, y van á anunciarla al público; los nombres de los subscriptores irán impresos en este anuncio; allí se verá al emperador, á la emperatriz reina y á la emperatriz de Rusia, que han subscripto por tanto número de ejemplares como el rey nuestro señor ¹. Esta empresa es considerada por toda la Academia como muy honrosa para la nación y para la Academia, y como muy útil para las bellas letras.

El nombre de Corneille, y la expectación con que aguardan los extranjeros para saber lo que deben admirar ó desdeñar en él, servirán para extender el prestigio de la lengua francesa en Europa.

La Academia ha parecido confirmar todas mis apreciaciones en lo relativo á la lengua, y me deja completa libertad en lo concerniente al gusto; es ésta una libertad de que sólo haré uso conformándome á su modo de

1. Luis XV, protector de la Academia.

sentir en cuanto me sea posible comprenderlo. Es difícil explicarse por completo estando tan lejos, y en tan breve tiempo.

En los primeros bosquejos que tuve el honor de enviar, hice notar en la *Medea* de Corneille los encantos que emplea en el teatro; y como mi comentario es histórico lo mismo que crítico, y comparo los demás teatros con el nuestro, digo que « en la tragedia de *Macbeth*, considerada como una obra maestra de Shakespeare, aparecen tres brujas en el teatro. »

Estas tres brujas llegan, en medio de relámpagos y truenos, con un gran caldero, en el cual hacen hervir hierbas. *El gato ha maullado tres veces*, dicen, *ya es hora*; echan un sapo en la caldera y le apostrofan gritando en coro. Me parece que esto vale tanto como las serpientes llegadas de África en un momento, y las hierbas que Medea cogió con los pies descalzos, haciendo palidecer á la luna, etc.

Estos encantamientos convienen principalmente á la ópera, á ese espectáculo consagrado á las fábulas, y en ella han sido mejor tratados.

Tengo la intención de presentar á la vista del lector motivos de comparación, y creo que no hay nada más instructivo. Por ejemplo, Máximo dice :

Vous n'aviez point tantôt ces agitations,
Vous paraissiez plus ferme en vos intentions,
Vous ne sentiez au cœur ni remords ni reproches.

CINNA

On ne les sent aussi que quand le coup approche,
Et l'on ne reconnaît de semblables forfaits
Que quand la main s'apprête à venir aux effets.
L'âme, de son dessein jusqu'alors possédée, etc.

Acto III, escena II.

Shakespeare, sesenta años antes había dicho lo mismo en idénticas circunstancias; Bruto, á punto de asesinar á César, habla así:

« Todo el intervalo que media entre el designio y la ejecución de una cosa tan terrible, no es más que un sueño espantoso. El genio de Roma y los instrumentos mortales de su ruina parecen celebrar consejo en nuestra alma trastornada. Este estado funesto del alma tiene algo del horror de nuestras guerras civiles. »

Pongo á la vista estos motivos de comparación y dejo al lector que juzgue.

Había olvidado insertar en mis observaciones enviadas á la Academia, una anécdota que me parece curiosa. El último mariscal de La Feuillade, hombre que tenía muy ingeniosas ocurrencias, hallándose en el teatro en una representación de *Cinna*, no pudo tolerar estos versos de Augusto :

Mais tu ferais pitié, même à ceux que j'irrite,
Si je t'abandonnais à ton peu de mérite.
Ose me démentir, dis-moi ce que tu vauz,
Conte-moi tes vertus, tes glorieux travaux,
Les rares qualités par où tu m'as su plaire, etc.

Acto V, escena I.

« ¡ Ah! dijo, eso me echa á perder toda la belleza del *Soyons amis*, *Cinna*. ¿Cómo puede decirse *Seamos amigos*, á un hombre á quien se desprecia profundamente? Puede perdonársele para conquistarse una reputación de clemencia; pero no se le puede llamar *amigo*; para eso era preciso que *Cinna* tuviese mérito aun á los ojos de Augusto. »

Esta reflexión me pareció tan exacta y tan aguda, que la presento á la Academia.

Esta observación acerca del personaje de *Cinna* me lleva á examinar su carácter. Creo, con la Academia,

que durante los dos últimos actos es Octavio el que cautiva el interés; pero seguramente en los primeros lo conquistan Cinna y Emilia. Augusto resulta tan execrable que todos los espectadores se convierten en conjurados al oír el relato de las proscripciones. Es, pues, evidente que el interés cambia en esta pieza, y probablemente por esta razón preocupa más la mente que el corazón.

N. B. Es casi el único pasaje en que me he separado del parecer de la Academia y tengo en mi favor la opinión de algunos académicos, á quienes he consultado.

Los remordimientos tardíos de Cinna me causan siempre muy penosa impresión, y he creído siempre que estos remordimientos me habrían conmovido mucho más sí, en la conferencia con Augusto, no hubiese dado Cinna consejos pérfidos, y no se hubiese mostrado después tenaz en la misma perfidia. Prefiero los remordimientos después de un crimen llevado á cabo por entusiasmo: eso me parece natural y hasta hermoso; pero no puedo tolerar los remordimientos después de la más cobarde hipocresía: me parecen entonces una contradicción.

No hablo aquí sino desde el punto de vista de la perfección del arte, que es el fin de todos mis comentarios; la gloria de Corneille no corre ningún peligro. Considero á *Cinna* como una obra maestra, aunque no sea una de esas tragedias que transportan el alma y la desgarran; por el contrario, la ocupa, la llena y la eleva. La pieza tiene trozos sublimes y es regular; esto es suficiente.

Me he mostrado algo severo con respecto á *Heracleo*; pero envió á la Academia mis primeras ideas, á fin de rectificarlas. M. Mayáns y Siscar, editor de *Don Qui-*

jote y de la *Vida de Cervantes*, pretende que el *Heracleo* español es muy anterior al *Heracleo* francés; esto es muy verosímil, puesto que los españoles no se han dignado tomar nada de nosotros, mientras que nosotros hemos tomado de ellos con abundancia. Corneille les tomó el *Mentiroso* (*Verdad sospechosa*), la segunda parte del *Mentiroso* y *Don Sancho*.

Pido permiso á la Academia para diferir algunas veces del juicio de nuestros predecesores acerca del *Cid*. Me aprobará sin duda cuando diga que *fuir* tiene una sola sílaba, aunque en otro tiempo decidieron que tenía dos. Hallo excusable este verso:

Le premier dont ma race ait vu rougir son front.

Acto I.

Lo encuentro hermoso: la raza se halla personificada, y en tal caso puede ruborizarse su frente.

Apruebo este verso:

Mon âme est satisfaite.

Et mes yeux à ma main reprochent ta défaite.

La Academia encuentra en ellos una contradicción; pero me parece que estos dos versos quieren decir: estoy satisfecho, estoy vengado, pero me he vengado demasiado fácilmente. En tal caso, me pregunto dónde está la contradicción.

Al dar cuenta de esta suerte á la Academia de mi trabajo, añadiré que sigo con frecuencia el parecer del autor de *Telémaco*, el cual, en su *Carta á la Academia sobre la elocuencia*, pretende que Corneille ha prestado con frecuencia á los romanos una hinchazón y un énfasis que es precisamente lo contrario del carácter de aquel pueblo rey. Los romanos decían cosas sencillas y hacían cosas grandes. Convengo en que el teatro

exige una dignidad y una grandeza superior á la verdad histórica; pero me parece que á veces se han excedido esos limites. No se trata aquí de hacer un comentario que sea un simple panegírico; esta obra debe ser á la vez una historia de los progresos del espíritu humano, una gramática y una poética. No lograré este objeto, pues estoy demasiado alejado de mis maestros á quienes desearía consultar todos los días; pero el deseo de conquistar sus sufragios, al hacerme más laborioso y circunspecto, hará tal vez que mi empresa sea útil.

N. B. No puedo servirme en el *Cid* de la edición de 1664, porque es preciso en absoluto que tenga á la vista la que la Academia juzgó cuando dictó su fallo entre Corneille y Scudery.

Añadiré que si la Academia se dignase tener la bondad de examinar el comentario de *Cinna* que he reformado y aumentado mucho, según su parecer, haría un gran servicio á las letras. *Cinna* es entre las piezas de Corneille la que más han de leer los hombres notables de toda Europa, y por consiguiente, exige que el examen sea más profundo. Suplico á la Academia que acepte mis respetos.

Á M. DUCLOS.

Ferney, 26 de Abril de 1762.

Hay que confesar, señor, que el teatro de Ferney ha hecho algún daño á nuestros comentarios, y que durante algunos días hemos abandonado á Corneille por Le Kain. Hemos hecho de mademoiselle Corneille una excelente actriz, en lugar de trabajar en la edición de su tío. El comentador, los librereros, la so-

brina de Corneille y la del comentador, todos han representado. Sin embargo, no se ha interrumpido nuestra empresa, sino que ha aflojado un poco. Otra razón que ha detenido el curso de mis consultas es que me he puesto á traducir el *Heraclio* español, impreso en Madrid en 1743, con el título de la *Comedia Famosa: En esta vida todo es verdad, y todo es mentira: Fiesta que se representó á Sus Majestades en el salón Real del palacio*. El sabio ¹ que me ha desenterrado esta edición prodigiosamente rara, pretende que Sus Majestades eran Felipe é Isabel, hija de Enrique IV, que era muy aficionada á las comedias y que llevaba alguna vez á su grave marido. Se arrepintió de ello, porque Felipe IV se enamoró de una cómica ² y tuvo de ella á Don Juan de Austria. Se hizo devoto y dejó de ir al teatro después de la muerte de Isabel. Ahora bien, Isabel murió en 1644, y mi sabio pretende que la *Famosa Comedia*, representada en 1640, fué impresa en 1643; pero como mi ejemplar no tiene fecha, tengo que creer á mi sabio bajo su palabra. Lo cierto es que esta tragedia es capaz de hacer reventar de risa desde el principio hasta el fin; las *Mil y una noches* son mucho menos maravillosas. Si ha habido alguna cosa original en el mundo, es seguramente esta extravagancia con la que no se puede comparar ninguna novela. Basta leer dos páginas para convencerse que el autor lo ha sacado todo de su cabeza. La haré imprimir á fin de que se pueda ver fácilmente la diferencia que hay entre nuestro *Heraclio* y la *Comedia Famosa*.

Debo advertiros, que el primer volumen, que contiene solamente *Medea* y *el Cid*, es ya tan enorme, que

1. Mayans y Siscar. (Véase página 38.)

2. María Calderona.

me verá obligado á poner al fin del último tomo la vida del autor y las anécdotas y reflexiones que pondré en mi epístola dedicatoria á la Academia.

La epístola no podrá contener sino un simple testimonio de mi agradecimiento y una nota advirtiendo que la vida de Pedro Corneille se hallará en el último volumen con algunos documentos curiosos. Esta vida, relegada al último tomo, logrará, por lo menos, que abran alguna vez el referido tomo, pues sin eso no abrirían nunca, porque ¿quién puede leer la *Galeria del Palacio* y la *Plaza Real*? Este último tomo será únicamente destinado á la comedia, con un discurso acerca de la comedia española, inglesa é italiana; pero hay que estar bueno, y yo no estoy muy bien. Procuraré enviaros antes de poco las observaciones acerca de *Rodoguna* y *Sertorio*.

He empezado esta carta cinco ó seis veces, y no uedo más. Tengo miedo de no acabar esta edición y decir:

..... Medium solvar et inter opus 1.

AL SEÑOR MAYÁNS Y SISCAR 2

ANTIGUO BIBLIOTECARIO DEL REY DE ESPAÑA EN VALENCIA

En las Delicias, 15 de Junio de 1762.

Señor, no os escribo en caldeo, porque no lo conozco; ni en latín, aunque no lo he olvidado; ni en español, aunque lo he aprendido para daros gusto; sino

1. Ovidio, *elegías*.

2. Don Gregorio Mayáns y Siscar, ilustre literato español, nacido en 1697 y muerto en 1781.

en francés, que entendéis muy bien, porque me veo obligado á dictar mi carta por hallarme bastante enfermo.

He renunciado á la corte como vos; no me llaméis, pues, áulico. Sois demasiado generoso, de todas maneras, puesto que habéis tenido la bondad de suministrarme los informes que os pedía. No sabía que vuestros autores hubiesen tomado nunca nada ni aun de los italianos; los creía autóctonos en materia de literatura; pero sé muy bien que no han tomado nada de nosotros y que nosotros hemos tomado mucho de ellos.

Acá entre nosotros, creo que Corneille ha sacado todo el asunto de *Heraclio* de Calderón. El tal Calderón me parece una cabeza tan exaltada (con perdón sea dicho), tan extravagante y á veces tan sublime, que es imposible que no sea la naturaleza misma. Corneille ha puesto en reglas lo que el otro había inventado sin sujeción á ellas. Lo importante es saber en qué año se representó la *Famosa Comedia* en presencia de Sus Majestades. Es lo que os pedía y veo que es imposible saberlo.

No sé por qué os habéis dado el trabajo de transcribir los versos de Lope de Vega que habíais citado en en otro tiempo, en la vida de Cervantes. ¿Acaso os figuráis que no os he leído? Sabed que os he leído con la mayor atención y que me habéis ilustrado mucho. No solamente conocía esos versos, sino que los he traducido y los he publicado en la edición de la *Famosa Comedia*, que también he traducido.

Creo que basta poner á la vista la *Famosa Comedia* para hacer ver que Calderón no la ha robado.

Permitidme que haga uso del pasaje del maestro Manuel de Guerra; no omitiré los *Autos Sacramentales* del piadoso Calderón. Lo que siento es que dichos

Autos Sacramentales no hayan formado parte de las piezas amorosas y libres con que regalaba á su auditorio.

Vuestra carta está tan llena de encanto como de erudición. Muy obligado os quedaré si queréis hacer pasar alguna instrucción de vuestra vecindad del África á mi vecindad de los Alpes.

Estad persuadido de que en Saboya no se encuentra ningún señor de Oliva.

Á M. DE CIDEVILLE

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Mi antiguo amigo: vuestra linda relación del matrimonio del joven Dupuis ¹, nos viene como de molde; porque figuraos que casamos á la señorita Corneille dentro de algunos días con un joven Dupuits, de unos veintitrés años y medio, abanderado de dragones, que tiene unas 8.000 libras de renta en fincas rústicas, á la puerta de nuestro castillo, de presencia muy agradable y de costumbres encantadoras, que nada tienen de dragón. La diferencia entre este Dupuits y el de la comedia es que el nuestro no tiene padre que dé bromas pesadas á sus hijos; es un huérfano. Damos albergue en nuestra casa al huérfano y á la huérfana, que se aman apasionadamente; esto me rejuvenece, lo cual no impide que tenga una terrible fluxión de ojos, y que esté amenazado de perder la vista, como Lamotte.

Habéis de confesar, amigo mío, que el destino de

¹ Alusión á la pieza *Dupuis et Desronais*, estrenada el 17 de Enero de 1763.

esta niña es singular. Desearía que el bueno de Pedro volviese al mundo, para ser testigo de todo esto, y que viese al bueno de Voltaire llevando á la iglesia á la única persona que queda heredera de su nombre. Comento al tío, y caso á la sobrina; este matrimonio ha venido muy á propósito para consolarme de no tener ya que trabajar con el *Cid*, los *Horacios*, *Cinna*, *Pompeyo* y *Poliuto*. Ahora estoy con *Pertharite*, mal que os pese. La ocupación es triste, y lo que sigue no es mucho más apetitoso. Era preciso que Pedro tuviese el diablo en el cuerpo, para hacer imprimir todo este de testable fárrago. La señorita Corneille, con su linda carita y sus dos ojos negros, vale cien veces más que las doce últimas piezas de su tío Pedro. ¿La conocéis? Es una niña alegre, sensible, honrada, afable y dotada del mejor carácter del mundo.

Adiós, mi querido y antiguo amigo; os envío mi más cariñoso abrazo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 26 de Enero de 1763.

Divinos ángeles míos. Casamos, pues, á la señorita Corneille. Es muy justo hacer un regalito al padre y á la madre; pero tan pronto como el padre tiene un luis, se le evapora; gasta el dinero sin sentir, del mismo modo que Pedro hacía versos. Vosotros protegéis á esta familia: ¿podriais encargar á una persona de confianza que diese á Pedro veinticinco luises en varias veces, á fin de que no los gastase todos en un día? Os pido mil perdones; ya sé hasta qué punto abuso de vuestra bondad, pero no se es ángel impunemente.

30970